

Pierre-Gilles Guéguen

LA NASA Y LA ALFORJA:

UNA CONCEPCIÓN TEMPORAL DEL INCONSCIENTE

En 1997 la *Revue française de psychanalyse* publicó un número especial sobre "el tiempo en análisis", tema de 57 congreso de la SSP. Claude Le Guen pre-sentó un artículo titulado "El inconsciente ignora el tiempo" en el que sostenía que para el psicoanálisis el tiempo nunca ha existido como concepto. Se trata de una posición completamente diferente de la nuestra y de la que íbamos a desarrollar en nuestras XXXII Jornadas de Estudios, pero el artículo proponía un punto un vista más radical que otros recogidos allí y tenía el mérito de no limar las asperezas y estar sólidamente argumentado. Me propongo examinar esos argumentos a la luz de las aportaciones de Lacan.

Plantea de entrada que el tiempo no puede ser situado sin el espacio, que se tra-ta de un continuo espacio-temporal y que el tiempo permanece "inexorablemente lineal e unidimensional", que es "inasequible por esencia" y que constituye la "for-ma a priori del mundo sensible". Saca como consecuencia de ello que no se podría hablar del tiempo del psicoanálisis o del psicoanalista y que el tiempo hay que rela-cionarlo con la realidad del "mundo exterior", que es una "forma secundaria de ordenamiento de las relaciones con la realidad" sin raíces en el inconsciente.

Se basa, a justo título, en algunas afirmaciones de Freud que van efectivamente en el sentido de lo que propone: "los procesos del sistema lcc son atemporales, es decir, no están ordenados con arreglo al tiempo, no se modifican por el trans-curso de éste ni, en general, tienen relación alguna con él. La relación con el tiempo se sigue del trabajo del sistema Cc". "Dentro del ello no se encuentra nada que corresponda a la representación del tiempo".<sup>1</sup>

Sin embargo, y así lo recoge el autor, Freud señala en otro lugar, sin contra-decir lo dicho, que desde el lcs "algunas investiduras son enviadas, en movimien-tos rápidos y periódicos, del interior al sistema Pc-Cc para ser enseguida retiradas", "como si el yo catara los estímulos exteriores a partir de la emisión de esas pequeñas cantidades de investiduras". Esta labor fundamentaría la apari-ción de la representación del tiempo. Esta "especie de quantos emanados del yo nos proporcionarían nuestro prototipo del tiempo".<sup>2</sup> Claude Le Guen conclu-ye que el afecto y el tiempo son para Freud dos manifestaciones en el yo de la pulsión inconsciente que permanece intemporal y también, siguiendo a Freud, que conciencia y memoria se excluyen: "También podemos concluir que en el psicoanálisis freudiano la memoria (que trabaja en el inconsciente) y la noción de tiempo (patrimonio de la conciencia) se excluyen mutuamente".<sup>3</sup>

Donde Claude Le Guen se siente menos seguro es con la noción freudiana de retroacción, tan fundamental en el edificio fundado por Lacan sobre bases freudianas. "No sería en absoluto exagerado considerar que la retroacción fun-ciona como una destrucción del tiempo y que es incluso en esto en lo que en-contramos su eficacia", afirma. Su artículo concluye proponiendo que no nos queda ya más que considerar que el psicoanálisis debe continuar, como el in-consciente, ignorando el tiempo.

Podemos preguntarnos cual es el alcance practico de esta aserción conclusiva.

¿Se está refiriendo al tiempo de la sesión (¡la duración fija, se trate de la que se trate, no lo ignore!)? ¿Quiere decir que la duración de la cura es indefinida y que no alcanza un verdadero término? ¿Significa que el psicoanálisis no tiene nada que ver con su tiempo y que fue fijado de forma inmutable por la doxa freudiana?

No hay que excluir que todas estas variables sean convocadas en la perora-ción de nuestro colega del IPA. En el fondo es justo reconocer que Lacan optó por las posiciones contrarias sobre todos estos puntos: duración variable de las

sesiones (sesión corta), finitud del análisis, permanente inmersión de la práctica analítica en su época.

¿No fue pues freudiano? En un primer sentido podría afirmarse y se encontrarían numerosos ejemplos en que las posiciones que adopta no son las de Freud: sobre el Edipo, sobre el inconsciente también, pues en el *Seminario XI* dice que el inconsciente freudiano no es el nuestro. En un sentido más profundo se encuentra dentro de la vía del "freudianismo auténtico" 4 al indicar desde el inicio de su enseñanza la importancia del tiempo lógico, el examen de la calidad y la modulación del tiempo, y su papel en la estructura de la retroacción que preside el almohadillado de la significación. Todo esto lo saca de Freud cuando ningún postfreudiano lo había sabido leer. De forma aún más clara hace valer los lazos del inconsciente con el tiempo al señalar que el inconsciente es el discurso del Otro y lo reitera en el *Seminario XI* en diversas ocasiones: "cuando hablo del inconsciente como lo que aparece en la pulsación temporal, puede presentárseles la imagen de la *nasa* que se entreabre y en el cuyo fondo se realizará la pesca del pez. En cambio según la figura de la alforja, el inconsciente es una cosa reservada, cerrada por dentro, a donde tenemos que penetrar desde fuera". 5 El inconsciente no es un reservorio, se hace presente en el exterior. Este punto resulta esencial para entender la concepción lacaniana del inconsciente, su relación con el tiempo y la aplicación lógica de éste en la sesión corta. Es pues el Otro quien me interpreta en la grieta que abre el inconsciente y es por ello por lo que Lacan presenta el inconsciente como "ópticamente evasivo", aunque añade que puede "circunscribirse en una estructura temporal de la que bien puede decirse que hasta ahora no ha sido nunca articulada como tal". 6 El tiempo, la temporalidad del instante en que el inconsciente es alcanzado con la dimensión de la prisa, son pues necesarios para el psicoanálisis a partir del momento en que se abandona la metáfora que hacía del inconsciente una psicología de las profundidades. Si para Freud, en efecto, "el inconsciente ignora el tiempo" es sin duda por su apego a la imagen de la Pompeya sepultada y resurgida casi intacta. Puede también que sea a causa de no calibrar, más que al final de su vida y su obra, las reacciones terapéuticas negativas surgidas quizás de su concepción del inconsciente como "alforja", que hay que vaciar para convertir en conscientes los pensamientos y afectos inconscientes. Ello resulta absolutamente patente en el caso del "Hombre de los lobos" que obsesionó a Freud hasta sus últimos días y en particular respecto a la alucinación del dedo cortado. Lacan, sin embargo, señala que podría mostrarse que "la noción, en Freud, de alucinación, como proceso de catexia regresiva sobre la percepción, implica necesariamente que el sujeto es subvertido completamente, cosa que sólo sucede, en efecto, en momentos sumamente fugaces". 7 ¿Cómo no pensar también que los textos de Freud, que a menudo y por error son considerados "sociológicos" ("El malestar en la cultura", "La psicología de las masas y análisis del yo", "Moisés y el monoteísmo"), son ensayos de Freud destinados a situar al psicoanálisis en el tren de la evolución del mundo, a anclarlo en la temporalidad del siglo?

Decir, pues, como hace J-A. Miller, 8 que el inconsciente y el tiempo son dos dimensiones de la experiencia humana estrechamente relacionadas, convierte al psicoanálisis en una experiencia profundamente enraizada en su época. En esto consiste considerar con Lacan que el inconsciente es el discurso del Otro y, recíprocamente,

que nada de lo que constituye al Otro, al discurso de la época, es ajeno al inconsciente. También reafirmar la dimensión transindividual del dicho inconsciente y su equivalencia con la cultura, de donde la formulación de Lacan: "El inconsciente es la política".

Para el psicoanálisis el resultado es que lo que hay que leer, descifrar, en las

formaciones del inconsciente no es nada más que la asignación, la sujeción del analizante al discurso del Otro, lo que ha constituido su destino y que le sometió a la repetición. En este sentido el inconsciente es un Amo. La finalidad del psicoanálisis, sin embargo, no consiste en el desciframiento, aunque la primera tarea que le corresponde sea la de elucidar cual ha sido en cada sujeto la incidencia particular del Otro sobre su vida. Un análisis debe también permitir modificar, darle la vuelta a ese destino, proporcionar la posibilidad de suavizar su rigor y la ocasión de reinventarlo. Esa es la dimensión de sorpresa, de creación, que el psicoanálisis aporta al sujeto y la razón por la cual Lacan señala desde el *Seminario XI* que el psicoanálisis es un acontecimiento de discurso, una creación de Freud, pero que también tiene un aspecto "preformativo", la posibilidad de acontecimientos, de "cambios" gracias a los cuales se le ofrece al analizante poder decidir si quiere o no lo que desea. En este sentido cada sesión es potencialmente susceptible de producir este acontecimiento y hay que ver en ello la razón de la práctica de la sesión corta por parte de Lacan.

El acontecimiento modifica la dimensión de sujeción al inconsciente en tanto que Amo intratable cuya tutela el sujeto sufría en su síntoma bajo la forma de diversos desordenes del goce: "depresión", inhibición, angustia etc. El sujeto los sufría en su cuerpo. El acontecimiento del discurso en que consiste la interpretación, producida a veces con la escansión o con la puntuación de la sesión, ofrece al analizante la posibilidad de introducir una ruptura en la cadena de la causalidad psíquica, en su determinación significativa, en la versión particular de la política que se le había impuesto. Estima entonces que su destino inscrito en el Otro le exigía una forma de asentimiento a lo "políticamente correcto", ya sea bajo la forma de la errancia o de la rebeldía, y que tenía también la connotación de la culpabilidad y el malestar. El acontecimiento interpretativo en análisis deja libre la relación con el Otro del significante, otro de la política, pero produce también un efecto de liberación sobre el cuerpo, lo pacifica, lo desangustia, lo desinhibe, le permite, y esta es su función más notable, un acceso más pacífico al goce sexual. El acontecimiento interpretativo y el del cuerpo no pueden disociarse en la práctica del psicoanálisis aplicado a la terapéutica. Este es un punto esencial de lo que J-A. Miller lleva enseñando desde hace varios años.

El efecto terapéutico del análisis es acompañado por una modificación de la relación del sujeto con los ideales que dirigen su defensa. Freud había mostrado, sin conseguir sin embargo alejar completamente a algunos de sus pacientes de su vía mortífera, que los ideales son demasiado austeros, demasiado virtuosos, que actúan sobre el sujeto de una forma deletérea, que llevan a morir o a hacer morir para salvar a la patria, por la religión, por la revolución etc. La ética del psicoanálisis no es la del sacrificio y sin embargo no produce sujetos no identificados, sino que permite a quienes realizan su experiencia vivir la relación con los ideales sin que impliquen coacción más allá de lo que pueden soportar, les conduce a reexaminar en cada caso el peso que el sujeto puede soportar sin sacrificar su goce con respecto al lastre colectivo. En este sentido el psicoanálisis es afín al sistema democrático que, de acuerdo con sus principios, permite el debate y trata en el plano de la palabra las disensiones con respecto al orden del mundo. Si hay que definir la ética del psicoanálisis con un término, se trata de una ética de las consecuencias. Su finalidad es que cada sujeto pueda asumir, convertirse en responsable, de sus elecciones de goce en función de lo que puede soportar sin lanzarse al sacrificio y a la muerte. No es pues una ética prescriptiva, sino que, con respecto a la relación del sujeto con los ideales y el goce, no deja nada en la sombra en la medida en que apunta a la verdad.

El psicoanálisis, sin embargo, no ha sido siempre considerado de esta manera. Muy lejos de ello el modelo de la vasija —que convierte el inconsciente sólo en un libro que hay que leer— no tiene en cuenta que Freud mismo se aperció de que el goce se infiltra en el sentido,<sup>10</sup> se priva de reconocer la dimensión creacionista del psicoanálisis sobre la que Lacan puso el acento con más y más insistencia. Nos pronunciamos, pues, por la nasa contra la alforja.

#### *Notas*

1. Sigmund Freud, "Trabajos sobre metapsicología" (1915) en *OC*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976, Vol. XIV, p. 184. y "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis" en *OC*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976, Vol. XXII, p. 69.
2. Citas tomadas por C. Le Guen en "L'inconscient ignore le temps", *Revue Française de Psychanalyse*, Vol 5, tomo XLI, p. 1648.
3. *Ibid.* p. 1649.
4. Expresión tomada de J-A. Miller del debate entre D. Wildlöcher y J-A. Miller, animada por G. Granger y publicada en *PLS* n° 1.
5. Jacques Lacan, *Seminario XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 2001, p. 150.
6. *Ibid.* p. 40.
7. *Ibid.*, p. 56.
8. Jacques-Alain Miller, "Les us du Laps", Curso del Departamento de Psicoanálisis de Paris VIII, 2000. inédito.
9. Jacques Lacan, *Seminario XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 2001, p. 32.
10. Sigmund Freud, "Notas sobre "la pizarra mágica"", en *OC*. Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976, Vol. XIX, p. 246-7, y "La negación" en *OC*, Amorrortu editores, Paidós, Buenos Aires, 1976, Vol. XIX, p. 254.

*Traducción: Eduard Gadea*

*pggague@wanado.fr*